

EL VIAJE DE JOHN STUART MILL HACIA EL SOCIALISMO¹

FREDERICK ROSEN

University College London

RESUMEN

Un viaje normalmente tiene un punto de partida y un destino. En este breve ensayo solo puedo discutir una parte del viaje de Mill hacia el socialismo: la que comienza con la búsqueda por parte de Mill de una nueva concepción de la libertad, que desarrolló por primera vez en *Principles of Political Economy* (1848) y luego tomó en consideración en otro contexto en *On Liberty* (1859).

Aquí limitaremos nuestra atención a los conceptos que posibilitaron que Mill hiciese este viaje. Concluiremos considerando la cuestión de si Mill debería o no ser considerado partidario de una ideología socialista. No existe una respuesta simple a esta pregunta. Argumentaremos que parte del problema reside menos en la clase de socialismo que podría invocar a Mill, que en la concepción de Mill sobre su papel en la vida pública como lógico y filósofo más que como un moralista público que defiende visiones ideológicas.

Palabras clave: Libertad, liberalismo, igualdad, socialismo.

ABSTRACT

A journey usually has a starting point and a destination. In this brief essay only a portion of this journey can be discussed: that which begins with Mill's search for a new conception of liberty which he first developed in *Principles of Political Economy* (1848) and then considered in another context in *On Liberty* (1859).

Here, we shall confine our attention to the concepts that enabled Mill to make this journey. We shall conclude by considering the question of whether or not Mill should be considered a believer in a socialist ideology.

1 [Recepción: 31 de agosto de 2011. Aceptación: 20 de diciembre de 2011. Traducción de José L. Tasset. Esta traducción se ha llevado a cabo en el marco del proyecto MINECO 2013-2015 FFI2012-31209. Agradezco a Esperanza Guisán sus útiles sugerencias en algunos aspectos de esta traducción.]

There is no simple answer to this question. It will be argued that part of the problem lies less with the kind of socialism that might appeal to Mill and more with Mill's conception of his role in public life as a logician and philosopher rather than as a public moralist advancing ideological views.

Keywords: Liberty, liberalism, equality, socialism.

Un viaje normalmente tiene un punto de partida y un destino. He presentado una explicación del viaje de Mill hacia el socialismo en diversos capítulos en el libro recientemente publicado y titulado *Mill* (Rosen 2013: 129-211). En este breve ensayo solo puedo discutir una parte de ese viaje, a saber, la que comienza con la búsqueda por parte de Mill de una nueva concepción de la libertad, que desarrolló por primera vez en *Principles of Political Economy* (1848) y luego tomó en consideración en otro contexto en *On Liberty* (1859)². En muchos estudios recientes de la concepción de la libertad en Mill, los *Principles* han sido generalmente olvidados, aunque como los lectores de este ensayo verán rápidamente, las numerosas citas de los *Principles* relacionadas con la libertad, establecerán la importancia del tratamiento de Mill de esta cuestión en esta obra temprana. En realidad, he citado ampliamente el material sobre el laissez-faire (CW III: 936-71) contenido en los *Principles* para llamar la atención sobre él de los estudiosos más jóvenes de Mill, a quienes puede no resultarles muy familiar.

Aunque no es posible recorrer de modo completo el viaje de Mill, este material puede encontrarse en mi libro. Aquí limitaremos nuestra atención a los conceptos que posibilitaron que Mill hiciese este viaje, en tanto que opuesto a algún otro viaje o, posiblemente, a no haber emprendido ningún viaje en absoluto. Estos conceptos podrían simplemente incluir a la libertad, la democracia representativa, el carácter activo y el “quehacer de la vida”,³ el laissez-faire, la cooperación y las asociaciones de la clase trabajadora. La lista omite muchos aspectos importantes del viaje de Mill, desde sus conside-

2 Ver CW. La referencia de los CW es Mill 1963-91 en 33 volúmenes. *Principles of Political Economy* se localiza en los volúmenes II y III, y *On Liberty* puede encontrarse en el volumen XVIII.

3 [N. del T.: Debo esta “ortegiana” sugerencia de traducción de la expresión “business of life” a Esperanza Guisán. La versión española de esta obra traduce la expresión de una manera mucho más prosaica, aunque correcta sin duda, por “los asuntos de la vida”.]

raciones sobre las complejidades de diferentes doctrinas socialistas, hasta sus ideas del carácter nacional, de la justicia, de la utilidad, y hasta su relación con Harriet Taylor Mill.

Concluiremos considerando la cuestión de si Mill debería o no ser considerado partidario de una ideología socialista. El breve examen de la opinión académica sobre este asunto proporciona una evidencia considerable de que no existe una respuesta simple a esta pregunta. Argumentaremos que parte del problema reside menos en la clase de socialismo que podría invocar a Mill, que en la concepción de Mill sobre su papel en la vida pública como lógico y filósofo más que como un moralista público que defiende visiones ideológicas.

I. LIBERTAD Y DEMOCRACIA REPRESENTATIVA

La idea de democracia representativa que Mill habría heredado de los radicales benthamitas estaba sustentada como fundamento en la libertad. La sociedad consta de numerosos individuos (o familias), disfrutando cada uno de la seguridad de las personas y de las propiedades establecida y asegurada por el sistema legal y por el gobierno. Esta seguridad proporcionaba a los miembros de la sociedad una libertad ampliada respecto de la interferencia en sus intereses por parte de otros miembros de la sociedad. Sin embargo, el gobierno puede estar tentado de usar su poder no sólo para establecer la seguridad doméstica y para proteger a la sociedad de cualquier invasión, sino también para oprimir al pueblo que se pretendía que tenía que defender. El sistema representativo o la democracia representativa permitirían a estos individuos ampliar su seguridad y proteger sus intereses eligiendo o destituyendo a los gobernantes de sus cargos. Esto es logrado por medio de prácticas como el sufragio extensivo, el voto secreto, las circunscripciones electorales iguales y la libertad de expresión y de reunión.

Mill, sin embargo, pensaba que una democracia representativa tal, no necesariamente incrementaría la seguridad, porque el poder colocado en las manos de la mayoría la capacitaría para oprimir a las minorías. La idea de que un gobierno popular era simplemente una fuerza benigna en tanto que poder limitado de la nación sobre sí misma y, por consiguiente, no podría ser opresivo, ignoraba el hecho vital concerniente a la tendencia de las mayorías a oprimir a las minorías.

Como Mill escribió en los *Principles*:

“La experiencia enseña, sin embargo, que los depositarios del poder que son meros delegados del pueblo, esto es, de una mayoría, están tan dispuestos (cuando creen que pueden contar con el apoyo popular) como cualesquiera órganos de la oligarquía a arrogarse poderes arbitrarios y a mermar indebidamente las libertades de la vida privada. El público, como colectividad, se halla siempre dispuesto a imponer no sólo sus opiniones, por lo general egoístas, sobre sus propios intereses, sino sus opiniones abstractas e incluso sus gustos, como leyes obligatorias para los individuos.” (CW III: 939)⁴

En este fragmento Mill parecía formular la importante tesis de que no sólo estaba preocupado por que las mayorías políticas oprimieran a las minorías políticas, sino también de que la mayoría se vuelva contra su propia gente y oprima al menos a algunos de ellos de una forma que socave lo que él llamaba “la libertad de la vida privada” (ver Rosen 2013: 40-6). Es más, parecía sugerir que el potencial para esta intromisión en la libertad de la vida privada, tendía a ser mayor bajo una democracia que bajo otras formas de gobierno. Este potencial para la tiranía de las masas dentro de una democracia era, para Mill, uno de los peores rasgos de la vida moderna:

“Y la civilización actual tiene una tendencia tan marcada a convertir la influencia de las personas que actúan sobre las masas en la única fuerza importante de la sociedad, que nunca fue mayor que ahora la necesidad de rodear la independencia individual de pensamiento, palabra y conducta de las más poderosas defensas, con objeto de mantener la originalidad de espíritu y la individualidad del carácter, que son las únicas fuentes de todo progreso real y de casi todas las cualidades que hacen que la especie humana sea muy superior a cualquier rebaño de animales.” (CW III: 939-40)⁵

Para Bentham, por supuesto, lo que hacía a los seres humanos superiores a una manada de animales era la libertad, esto es, la seguri-

4 “Experience, however, proves that the depositories of power who are mere delegates of the people, that is of a majority, are quite as ready (when they think they can count on popular support) as any organs of oligarchy, to assume arbitrary power, and encroach unduly on the liberty of private life. The public collectively is abundantly ready to impose, not only its generally narrow views of its interests, but its abstract opinions, and even its tastes, as laws binding upon individuals.” Trad. esp. John Stuart Mill, *Principios De Economía Política* (Madrid: Síntesis-Fundación ICO, 2008), pág. 1096.

5 “And the present civilization tends so strongly to make the power of persons acting in masses the only substantial power in society, that there never was more necessity for surrounding individual independence of thought, speech, and con-

dad que capacita a los seres humanos para hacer planes de futuro, y para negarse a sí mismos las satisfacciones inmediatas con el fin de conseguir mayores (y más civilizadas) satisfacciones en el futuro. La Democracia formaba parte del proceso que garantizaría estos placeres futuros por medio de la seguridad ampliada lograda por el poder de destituir a los gobernantes corruptos o tiránicos del gobierno. Sin embargo, Mill rechazó este enfoque en favor de una noción diferente de libertad basada en el carácter activo. Y al rechazar la visión de Bentham, también rechazó en parte su defensa de la democracia representativa.

Resulta tentador argumentar que la crítica de Mill a la democracia fue principalmente una respuesta a condiciones cambiantes o a nuevas ideas. Quizás, siguiendo la presentación de Tocqueville de la democracia americana, pudo ver peligros en la democracia que una generación anterior no podía haber visto. Esto debe ser cierto en parte, aunque resulta igualmente cierto decir que la oposición de Mill a la democracia estaba fundamentada en una conceptualización diferente de la libertad basada en el carácter activo dentro de una sociedad progresista. Mill podría ser visto como el defensor de una “originalidad de la mente” y de una “individualidad del carácter” que, al contrario que para Bentham, eran “la única fuente de progreso real” y las cualidades que separaban a los seres humanos de una manada de animales. Bentham estaba más inclinado a aceptar a las personas tal y como eran, seres auto-interesados en gran medida, aunque no completamente, cuyos complejos conjuntos de intereses habían de ser protegidos por la sociedad civil. Él pensaba que el imperio de la ley y las cartas de derechos podían ser trasladados a instituciones que no negaban la libertad. Para Mill, este enfoque no garantizaría necesariamente una sociedad progresista o los elementos progresistas dentro de cualquier sociedad, ni proporcionaría la libertad que la individualidad del carácter exigía. Así que Mill puede que no haya visto nada diferente dentro de la democracia de lo que Bentham vió, pero dada su idea de libertad, la rechazó como una solución al problema de la seguridad de la libertad individual dentro del Estado. La idea de libertad de Mill reforzaba la potenciación del carácter activo dentro del Estado, basándose en el *laissez-faire*, más que las ideas

duct, with the most powerful defences, in order to maintain that originality of mind and individuality of character, which are the only source of any real progress, and of most of the qualities which make the human race much superior to any herd of animals.” Trad. esp. *Ibid.*, pág. 1086.

tradicionales de la libertad civil orientada a asegurar los intereses (ver más en Rosen 2013: 131-50).

La crítica de Mill veía la democracia representativa en gran medida como parte del problema de la opresión dentro de la sociedad, más que como parte de ninguna solución a éste. En un fragmento memorable escribió:

“Una constitución democrática que no se apoye sobre instituciones democráticas en sus detalles, sino que se limite al gobierno central, no sólo no es libertad política, sino que con frecuencia crea un espíritu que es precisamente el opuesto, llevando hasta las capas más bajas de la sociedad el deseo y la ambición de dominio político. En algunos países lo que el pueblo desea es no ser tiranizado, pero en otros es que cada cual tenga iguales probabilidades de llegar a tiranizar. Por desgracia este último estado de los deseos es tan natural a la humanidad como el primero, y en muchas de las situaciones de la misma humanidad civilizada es donde hay más ejemplos. Los deseos del pueblo tenderán a rechazar la opresión, más que a oprimir, en proporción a como esté acostumbrado a dirigir sus asuntos mediante su intervención activa, en lugar de dejarlos al gobierno; mientras que las instituciones populares no inculcan en el pueblo el deseo de libertad, sino un apetito insaciable de honores y poder, en la medida en que toda la iniciativa y la dirección residen en el gobierno y que los individuos sienten y actúan bajo su constante tutela, apartando la inteligencia y la actividad del país de los asuntos que más le importan para dedicarlos a la mezquina competencia por los provechos egoístas y las pequeñas vanidades de los cargos oficiales.” (CW III: 944)⁶

Lo que conducirá a los individuos lejos del acoso, de la tiranía y de “la mezquina competencia por los provechos egoístas y las pequeñas

6 “A democratic constitution, not supported by democratic institutions in detail, but confined to the central government, not only is not political freedom, but often creates a spirit precisely the reverse, carrying down to the lowest grade in society the desire and ambition of political domination. In some countries the desire of the people is for not being tyrannized over, but in others it is merely for an equal chance to everybody of tyrannizing. Unhappily this last state of the desires is fully as natural to mankind as the former, and in many of the conditions even of civilized humanity, is far more largely exemplified. In proportion as the people are accustomed to manage their affairs by their own active intervention, instead of leaving them to the government, their desires will turn to repelling tyranny, rather than to tyrannizing; while in proportion as all real initiative and direction resides in the government, and individuals habitually feel and act as under its perpetual tutelage, popular institutions develop in them not the desire of freedom, but an unmeasured appetite for place and

vanidades de los cargos oficiales” no es la democracia representativa o la libertad civil, sino el carácter activo, que de alguna manera puede traducirse en una clase diferente de sociedad. En el corazón de esta sociedad está “el desarrollo del principio y de la práctica de la cooperación” (CW III: 708). Un comentarista ha escrito: “Lejos de abandonar el principio de la democracia, visto en términos de su concepción de la teoría política, John Stuart Mill, yo defiende que merece —junto a Tocqueville— ser reconocido como el teórico de la sociedad democrática.” Después procede a vincular el socialismo (visto por Mill como un concepto económico) con la democracia de modo que “el socialismo es la forma *económica* de la democracia” (Ashcraft 1998: 175, 176). Pero Mill no era simplemente un seguidor de Tocqueville. Su posición siguió a su encuentro con Comte y al desarrollo de la libertad social. Mill siguió siendo un crítico de la democracia representativa y su actitud para con el socialismo tuvo un fundamento diferente (ver también Ashcraft 1989: 105-26). La cooperación y hasta un cierto punto el socialismo fue, así, la manifestación política de la libertad social en el mismo sentido en el que la democracia representativa fue, para los benthamitas, la manifestación política de la libertad civil. Para ver de qué modo se puede llegar a las instituciones de cooperación desde un punto de partida basado en la libertad, nos fijaremos en la concepción del carácter activo en Mill.

II. EL CARÁCTER ACTIVO

En un pasaje en los *Principios*, en donde Mill estaba discutiendo el *laissez-faire*, consideró las objeciones a su doctrina sobre la base de que la intervención del gobierno en numerosas esferas de la vida era necesaria para el progreso. Entonces, distinguió entre la instrucción “de los libros y la escuela” (sobre la que volveremos) y lo que él llamó “el quehacer de la vida”:

“[El quehacer de la vida es] una parte esencial de la educación práctica de un pueblo, sin la cual los libros y la instrucción escolar, aunque muy necesarios y convenientes, no bastan para capacitarle para el mando y para adaptar los medios a los fines. La instrucción es sólo una de las cosas necesarias para el adelanto espiritual; otra, casi

power; diverting the intelligence and activity of the country from its principal business, to a wretched competition for the selfish prizes and petty vanities of office.” Trad. esp. *Ibid.*, págs. 1090-1091.

tan indispensable, es el ejercicio vigoroso de las energías activas: el trabajo, la iniciativa, el discernimiento, el dominio de sí mismo, y son las dificultades de la vida las que estimulan el desarrollo de estas cualidades” (CW III: 943).⁷

Mill estaba ansioso por señalar que él no estaba diciendo que las dificultades de la vida constituyeran alguna clase de bien en sí mismas; sino que estaba argumentando que las inevitables dificultades de la vida podían potenciar el ejercicio de la energía y del carácter activo en relación con una diversidad de fines. Allí donde un pueblo busca habitualmente a su gobierno para resolver los problemas de interés mutuo, más que [tratar] de resolverlos por sí mismos, las facultades de las personas comunes sólo llegan a desarrollarse a la mitad. Es más, si el conocimiento y la habilidad práctica se mantuvieran dentro de una clase dirigente y no se difundieran por toda la sociedad, el sistema alcanzaría el despotismo.

Llegamos ahora a la concepción de Mill acerca de “la única seguridad contra la esclavitud política” (CW III: 943-4). No consideraba la democracia representativa, o ninguna otra constitución, como un remedio, sino la condición de la gente común. En un fragmento importante escribió:

“La experiencia prueba la gran dificultad de mantener de manera permanente esas cualidades [inteligencia, carácter activo y espíritu público] a un nivel bastante elevado, dificultad que aumenta a medida que el adelanto de la civilización y la seguridad hacen desaparecer uno tras otro los trabajos, las dificultades y los peligros contra los cuales los individuos no tenían antes otro recurso que su propia fuerza, su habilidad y su valor. Es, por consiguiente, de suprema importancia que todas las clases de la comunidad, hasta la más baja, tengan mucho que hacer por sí mismas...” (CW III: 944)⁸

El papel del gobierno en esta grandiosa empresa es:

7 “The business of life is an essential part of the practical education of a people; without which, book and school instruction, though most necessary and salutary, does not suffice to qualify them for conduct, and for the adaptation of means to ends. Instruction is only one of the desiderata of mental improvement; another, almost as indispensable, is a vigorous exercise of the active energies; labour, contrivance, judgment, self-control: and the natural stimulus to these is the difficulties of life”, trad. esp. ligeramente modificada procedente de *ibid.*, 1089.

8 “Experience proves the extreme difficulty of permanently keeping up a sufficiently high standard of those qualities [intelligence, activity, and public spirit]; a difficulty which increases, as the advance of civilization and security removes

“...que...no sólo deje a sus propias facultades el manejo de todo lo que les concierne a ellas solas, sino que les permita o más bien les estimule a cuidar del mayor número posible de sus intereses comunes por medio de la cooperación voluntaria; ya que esta discusión y dirección de los intereses colectivos es la gran escuela de ese espíritu público y el origen de ese conocimiento de los asuntos públicos, que se considera siempre como el carácter distintivo del pueblo de los países libres.” (CW III: 944)⁹

Es tentador pensar en que el remedio de Mill para la esclavitud política sea un ejercicio de una concepción rousseauiana de la voluntad general. Pero Mill no estaba proponiendo esto o, en términos generales, una concepción de la virtud cívica. Su creencia fundamental residía en el cultivo del carácter activo fuera del estado e incluso contra el estado. Su fundamento estaba en el *laissez-faire* y no en ninguna clase de democracia o gobierno popular, a menos que, como en la antigua Atenas de Pericles, el ámbito público sirviese para estimular el carácter activo en la vida privada.

El énfasis de Mill en el *laissez-faire*, esto es, “la restricción a los límites más estrechos de la intervención de la autoridad pública en los asuntos de la comunidad”, lo condujeron a afirmar como un principio conductor que el *laissez-faire* “debería ser la práctica general; toda desviación de este principio, a menos que se precise por algún gran bien, es un mal seguro” (CW III: 944-5).¹⁰ Pero el *laissez-faire* no era lo mismo que el estado mínimo, ya que una buena cantidad de intervención del gobierno era admisible como intervención *voluntaria* bajo el principio del *laissez-faire*.

one after another of the hardships, embarrassments, and dangers against which individuals had formerly no resource but in their own strength, skill, and courage. It is therefore of supreme importance that all classes of the community, down to the lowest, should have much to do for themselves.” Trad. esp. *Ibid.*, 1090.

9 “. . . not only [to] leave as far as possible to their own faculties the conduct of whatever concerns themselves alone, but should suffer them, or rather encourage them, to manage as many as possible of their joint concerns by voluntary co-operation; since this discussion and management of collective interests is the great school of that public spirit, and the great source of that intelligence of public affairs, which are always regarded as the distinctive character of the public of free countries.” Trad. esp. *Ibid.*

10 “...should be the general practice: every departure from it, unless required by some great good, is a certain evil”, trad. esp. *Ibid.*, 1091.

Como regla general Mill creía que aquellas personas que realmente trabajaban en diversos proyectos, eran mejores jueces respecto de ellos que los gobiernos y sus funcionarios. De ahí que no sólo el *laissez-faire* normalmente ayudara al desarrollo del carácter activo, sino que también reconociera la superior competencia de aquellos que realmente trabajaban en esos proyectos y los desarrollaban. Sin embargo, Mill no creía que los consumidores de bienes y servicios poseyerán una competencia similar para juzgar de la calidad de los bienes y servicios que recibían. Allí donde esos juicios eran importantes, las decisiones no podían ser dejadas en manos del mercado sólo y podían muy bien requerir la intervención del gobierno. Es más, ¿cómo pueden los asuntos que conciernen al desarrollo del carácter humano ser juzgadas por aquellos cuyo carácter ha de ser desarrollado? “Las personas incultas”, escribió Mill, “no pueden ser jueces competentes de la cultura. Los que más necesitan ser más prudentes y mejores, son los que por lo general menos lo desean y, si lo desearan, serían incapaces de encontrar por sus propias luces el camino para alcanzar esos perfeccionamientos” (CW III: 947).¹¹

A diferencia de algunos creyentes en el *laissez-faire* (Mill cita a Charles Dunoyer como ejemplo de alguien que sostiene la posición opuesta (v. CW III: 948n.)), Mill creía que la educación podía en un principio ser proporcionada al pueblo por el gobierno. La educación podía estar basada en parte en un principio voluntario y estar situada en el dominio del *laissez-faire*, en la medida en que los alumnos, por ejemplo, podían no ser obligados a asistir a ninguna escuela en particular. Es más, la provisión estatal podía muy bien ampliarse a la provisión de educación adicional para los pocos niños dotados sobre la base del principio de “[mantener] la perpetua sucesión de espíritus superiores, que son los que hacen avanzar el conocimiento e impulsan hacia adelante la civilización de la comunidad” (CW III: 948n.).¹²

Hemos visto de qué modo Mill destacó “el quehacer de la vida” al margen de la educación formal como un recurso importante para

11 “The uncultivated cannot be competent judges of cultivation. Those who most need to be made wiser and better, usually desire it least, and if they desired it, would be incapable of finding the way to it by their own lights.” Trad. esp. *ibid.*, 1093.

12 “...keeping up the perpetual succession of superior minds, by whom knowledge is advanced, and the community urged forward in civilization.” Trad. esp. *Ibid.*, pág. 1094.

el desarrollo del carácter activo. Mill amplió este énfasis también a la educación misma. La instrucción podía ampliar las facultades que soportan el carácter activo y actuar de un modo favorable sobre el ‘espíritu de independencia’ (CW III: 949). La provisión estatal de educación proporcionaba ‘ayuda para actuar sin ayuda’ (CW III: 949). Mill desarrolló un buen número de argumentos con este espíritu, tal como cuestionar la capacidad de la caridad privada para proporcionar educación, en particular en el nivel elemental y recomendar que el gobierno lo hiciese, sin ningún gasto para los niños o a cambio de un minúsculo pago. Sin embargo, el gobierno no debería practicar la intervención autoritaria en ninguna institución de educación. Mill llamó a tal intervención ‘despótica’ (CW III: 950). Intentó describir el papel no-autoritario del gobierno en educación del modo siguiente:

“Así pues, aunque un gobierno puede y en muchos casos debe establecer escuelas y colegios, no debe obligar ni sobornar a nadie para que vaya a ellos, ni tampoco debe depender en modo alguno de su autorización la facultad de los particulares de crear establecimientos rivales. Estará justificado exigiendo a todo el mundo que posea una instrucción adecuada en determinadas cosas, pero no en prescribir cómo y dónde deberá obtenerla.” (CW III: 950; ver también XVIII: 301-4)¹³

La clase de argumentos que Mill desarrolló en relación con la educación en tanto que excepción a la estricta aplicación del *laissez-faire*, fueron después ampliados al tratamiento de lunáticos, idiotas, niños pequeños o animales inferiores, esto es, allí dónde existían seres incapaces de tener una visión inteligente de sus propios intereses (CW III: 951). Mill, sin embargo, recordaba a sus lectores que, a causa de que las mujeres, a diferencia de los niños, podrían ser jueces de sus propios intereses, deberían estar libres del control del gobierno (por ejemplo, fuera del control del gobierno en relación con las horas de trabajo). Es más, como en *On Liberty* (v. CW XVIII: 299-300), Mill también rechazó cualquier respaldo legal a un contrato a perpetui-

13 “Though a government, therefore, may, and in many cases ought to, establish schools and colleges, it must neither compel nor bribe any person to come to them; nor ought the power of individuals to set up rival establishments, to depend in any degree upon its authorization. It would be justified in requiring from all the people that they shall possess instruction in certain things, but not in prescribing to them how or from whom they shall obtain it.” Trad. esp. *Ibid.*

dad, sosteniendo que la libertad de contrato debería aplicarse en estos casos (CW III: 953).

Sin seguir en detalle los argumentos de Mill en relación con los límites del *laissez-faire*, así como su uso posterior de la distinción entre intervención voluntaria y no-voluntaria, resulta claro que a pesar de su creencia en el *laissez-faire*, Mill podía prever un amplio rango de intervenciones por parte del gobierno:

“En las circunstancias especiales de una época o de una nación determinada, casi no hay nada que importe en realidad a los intereses generales y no sea deseable o incluso necesario que se encargue de ello el gobierno, no porque no puedan realizarlo los particulares, sino porque no lo harán. En algunas épocas y lugares no habrá caminos, diques, puertos, canales, obras de riego, hospitales, escuelas, universidades, imprentas, a menos que el gobierno los establezca, ya que el público es demasiado pobre para disponer de los recursos necesarios, o demasiado poco adelantado para apreciar los fines que se persiguen, o no ha practicado lo suficiente la acción colectiva para ser capaz de reunir los medios. Esto sucede, en mayor o menor grado, en todos los países habituados al despotismo, y sobre todo en los que hay una gran distancia, en punto a civilización, entre el pueblo y el gobierno, como en aquellos que han sido conquistados y un pueblo más enérgico y más culto los mantiene en sujeción.” (CW III: 970)¹⁴

Sin embargo, incluso en el contexto de lo que podría ser considerado una norma necesariamente despótica, en donde muy pocos aspectos de la vida fueran del dominio del carácter activo, Mill añadía una nota de precaución en lo que concierne a los límites de la intervención del gobierno:

14 “In the particular circumstances of a given age or nation, there is scarcely anything really important to the general interest, which it may not be desirable, or even necessary, that the government should take upon itself, not because private individuals cannot effectually perform it, but because they will not. At some times and places, there will be no roads, docks, harbours, canals, works of irrigation, hospitals, schools, colleges, printing-presses, unless the government establishes them; the public being either too poor to command the necessary resources, or too little advanced in intelligence to appreciate the ends, or not sufficiently practised in joint action to be capable of the means. This is true, more or less, of all countries inured to despotism, and particularly of those in which there is a very wide distance in civilization between the people and the government: as in those which have been conquered and are retained in subjection by a more energetic and more cultivated people.” Trad. esp. *Ibid.*, págs. 1114-1115.

“Un buen gobierno prestará su ayuda de tal manera que estimule y eduque todo elemento de esfuerzo individual que pueda encontrar. Tratará con asiduidad de hacer que desaparezca todo aquello que obstaculiza y desalienta el espíritu de empresa privada y dará todas las facilidades, como así mismo la dirección y los consejos que sean necesarios;...” (CW III: 970-1).¹⁵

Allí dónde no hay ningún interés privado, la ayuda podría ser prestada de modo que sirviera como “un curso de educación para el pueblo en el arte de la consecución de grandes objetivos por medio de la energía individual y de la cooperación voluntaria” (CW III: 971).

Para Mill, había muchas maneras en las que el carácter activo podía ser ensanchado o disminuido por el gobierno y, en particular, por el sistema legal. Al escribir sobre este tema, él era consciente de las estrechas conexiones entre la ley, la sociedad, la economía y la moralidad. Por ejemplo, en un lugar en los *Principios* destacó la importancia de la ‘probidad y la fidelidad’ en relación con las promesas y los contratos de los que la economía y la sociedad dependen, no sólo para la prosperidad material sino también para el fortalecimiento de la ‘integridad y la fiabilidad’ en la sociedad en tanto que virtudes morales que soportan el carácter (CW III: 886). Desafortunadamente, y en particular en Inglaterra, la ley era ampliamente usada para enfrentarse a esa probidad y fidelidad, ya por el empleo del litigio injusto, ya por el uso de la propia riqueza dentro del sistema legal para enfrentarse a demandas justas. La preocupación de Mill por la moralidad en este contexto era también una preocupación por el desarrollo del carácter en una sociedad progresista. Como él mismo continuaba diciendo:

“Por otro lado, si la ley, con una indulgencia mal comprendida, protege la holgazanería o la prodigalidad contra sus consecuencias naturales o se contenta con imponer al crimen castigos inadecuados, el efecto, tanto por lo que se refiere a las virtudes sociales como a las de la prudencia, es altamente desfavorable. Cuando la ley, por sus dispensas y sus mandamientos, establece injusticias entre unos y otros individuos, como sucede con todas las leyes que reconocen alguna forma de esclavitud, como lo hacen las leyes de todos los países, si

15 “A good government will give all its aid in such a shape, as to encourage and nurture any rudiments it may find of a spirit of individual exertion. It will be assiduous in removing obstacles and discouragements to voluntary enterprise, and in giving whatever facilities and whatever direction and guidance may be necessary;...” Trad. esp. *Ibid.*, pág. 1115.

bien no en el mismo grado, por lo que respecta a las relaciones familiares y como lo hacen las leyes de muchos países, aunque en grados aún más desiguales, al discriminar entre el rico y el pobre, el efecto sobre los sentimientos morales [del pueblo] es aún más desastroso.” (CW III: 886)¹⁶

Cuando Mill se refería aquí a ‘los sentimientos morales del pueblo’, no sólo estaba invocando a filósofos anteriores, como Adam Smith, sino que también se estaba refiriendo al carácter del pueblo y al modo en que ese carácter podía ser estimulado en la sociedad por medio de cambios en la ley. En otro ejemplo examinó los recientes cambios en las leyes de insolvencia, los cuales, desde su punto de vista, tenían una fuerte y directa influencia en el desarrollo del carácter en la sociedad (CW III: 910).

De la mayor importancia para la concepción de Mill sobre el desarrollo del carácter era la condición de las clases trabajadoras. En esta área Mill invocaba el *laissez-faire* y se oponía a las restricciones sobre las asociaciones voluntarias de trabajadores y sobre las huelgas, en la medida en que no se usaba la compulsión para forzar a los trabajadores a unirse a un sindicato o a tomar parte en una huelga. Mientras que Mill lamentaba la tendencia de los sindicatos a no permitir distinciones entre ‘los esforzados y los vagos, los hábiles y los incompetentes’, sin embargo, se opuso con fuerza al uso de la ley y del castigo para prohibir los sindicatos (CW III: 934). En esa época estaba en juego la perspectiva del ‘mejoramiento del carácter y la condición del conjunto completo’ de las clases trabajadoras, la cual había ‘llegado al fin a ser algo no más allá del alcance de un esfuerzo racional’ (CW III: 931). De este modo, al concentrarse en las clases trabajadoras dentro de la sociedad, Mill estaba expresando una creencia en que con la libertad (*laissez-faire*), el carácter de estas clases podía ser transformado y la sociedad en su conjunto podía experimentar desarrollos ventajosos del carácter.

16 “If again, the law, by a misplaced indulgence, protects idleness or prodigality against their natural consequences, or dismisses crime with inadequate penalties, the effect, both on the prudential and on the social virtues, is unfavourable. When the law, by its own dispensations and injunctions, establishes injustice between individual and individual; as all laws do which recognise any form of slavery, as the laws of all countries do, though not all in the same degree, in respect to the family relations; and as the laws of many countries do, though in still more unequal degrees, as between rich and poor; the effect on the moral sentiments of the people is still more disastrous.” Trad. esp. *Ibid.*, pág. 1029.

III. COOPERACIÓN.

Si Mill examinó el desarrollo del carácter activo a partir de la libertad (*laissez-faire*), después examinó a partir del carácter activo el desarrollo de la cooperación.¹⁷ ¿Qué quería decir Mill con cooperación? Cuando le requirió George Jacob Holyoake, el historiador del movimiento cooperativo, que proporcionara una definición, Mill es citado diciendo lo siguiente:

“«No hay cooperación,» dijo, «cuando una pocas personas se únen con el propósito de proporcionar un beneficio del que sólo una parte de ellos se benefician. La cooperación se da allí donde el total del producto se divide. Lo que se pretende es que el conjunto de la clase trabajadora debería participar de los *beneficios del trabajo* (Holyoake 1906: i. 306).»”¹⁸

Uno podría preguntarse ¿por qué tenía la cooperación en alta estima? En primer lugar, la libertad, para Mill, significaba primariamente libertad social y la dimensión social para la libertad era la cooperación voluntaria en proyectos sociales. En segundo lugar, él no creía que la individualidad y la cooperación necesitarán estar enfrentadas bajo el paraguas de la libertad. En tercer lugar, sentía que los tiempos estaban maduros en las civilizaciones desarrolladas para el rápido y racional mejoramiento de todos los miembros de la sociedad, y esto sólo podía alcanzarse mediante la instauración del principio de la cooperación. Finalmente, el aumento de la cooperación, tanto en lo que respecta a sus principios como a su creciente práctica en la sociedad reflejaba, a su vez, los cambios progresivos que estaban teniendo lugar en la sociedad.

Estas razones podrían sugerir la importancia de la cooperación dentro del pensamiento de Mill, pero no capturarían ni la urgente necesidad de solucionar los problemas a que se enfrentan las crecientes sociedades industrializadas ni los remedios que él propuso para los problemas. La creencia de Mill en la cooperación no estaba destinada

17 Para la importancia de la cooperación en Mill, ver la discusión en Claeys 1987: 145.

18 Holyoake 1906: i. 306 añadía su propia definición: “La cooperación es un esquema industrial para librar al público de la conspiración de los capitalistas, comerciantes o manufactureros, quienes harían trabajar al obrero por el mínimo y pagar al consumidor el máximo, en independencia de su necesidad de dinero, maquinaria o mercancías. La cooperación lleva a cabo esta liberación llevando al trabajador y al consumidor a una asociación en cualquier situación de negocio que lo necesite.” V. también Holyoake 1906: i. 3-6; 1873a: 1-29. Para otra explicación breve de la idea de cooperación, v. Holyoake 1873b: 1-16.

a ser ‘utópica’ sino practica y él veía en las restricciones legales una importante barrera para el progreso. En cuanto a la urgencia, escribió:

“...he de insistir en mi convicción de que la economía idustrial que divide la sociedad en dos partes, la integrada por los que pagan salarios y la formada por quienes los reciben, contándose los primeros por millares y los segundos por millones, no puede ni debe durar indefinidamente; y la posibilidad de cambiar este sistema por otro de combinación sin dependencia, que represente la unidad de intereses en lugar de la hostilidad organizada, depende por completo de los futuros desarrollos del principio de asociación.” (CW III: 896)¹⁹

En cuanto a la práctica, Mill intentó conseguir combinaciones entre los trabajadores bajo el paraguas del *laissez-faire*. Estas combinaciones serían vistas como contratos privados cuyo desarrollo es mejor sin interferencia del gobierno, de la misma forma que se permitía principalmente que otras compañías privadas se desarrollaran sin interferencia del estado. Esta apelación a la libertad en tanto que *laissez-faire* conduciría a la necesidad de desarrollar el carácter activo en las clases trabajadoras en el mismo modo en que Mill previó que ‘el quehacer de la vida’ trabajaría para desarrollar ese carácter. En un amplio pero importante fragmento, Mill escribió:

“Es indispensable la más completa libertad en las condiciones de la asociación, sobre todo por lo que se refiere al mejoramiento y el progreso de las clases trabajadoras. Las combinaciones como las sociedades obreras...son el medio más eficaz para conseguir la emancipación social de los trabajadores utilizando sus mismas cualidades morales. Y no sólo es importante la libertad de asociación por los casos en los que ha tenido éxito, sino también y en el mismo grado por aquellos intentos en los que no se consiga, ya que el mismo fracaso dará una enseñanza mayor de la que puede proporcionar cualquier cosa que no sea la experiencia. Toda teoría de mejoramiento social cuyo valor pueda apreciarse por medio de un ensayo experimental, debe permitirse e incluso estimularse, para que se someta a esa prueba. La parte más activa de las clases trabajadoras derivaría de estos experimentos lecciones que sólo con dificultad aceptarían de aquellas personas que se supone tienen intereses

19 “...I must repeat my conviction, that the industrial economy which divides society absolutely into two portions, the payers of wages and the receivers of them, the first counted by thousands and the last by millions, is neither fit for, nor capable of indefinite duration: and the possibility of changing this system for one of combination without dependence, and unity of interest instead of organized hostility, depends altogether upon the future developments of the Partnership principle.” Trad. esp. Mill, *Principios De Economía Política*, pág. 1041.

y prejuicios opuestos a su bienestar; obtendrían los medios de corregir, sin coste alguno para la sociedad, lo que pueda haber de erróneo en sus concepciones acerca de los medios de conseguir su independencia; y los de descubrir las condiciones morales, intelectuales e industriales, que son indispensables para conseguir sin injusticia la regeneración social a que aspiran.” (CW III: 903-4)²⁰

Como ejemplo de las sociedades de la clase trabajadora basadas en la cooperación, a las que Mill denomina como sociedades amistosas y como movimiento cooperativo, hace referencia en particular, a los Pioneros de Rochdale (CW III: 904n.; ver también Holyoake 1893). Pero, también estaba dispuesto a aceptar los sindicatos e incluso el carácter aparentemente destructivo de las huelgas (ver CW III: 932-3; ver también Fawcett 1860). Los consideraba como elementos esenciales en los mercados libres. Así que es importante reconocer que Mill entretejió uniéndolos su propia visión del *laissez-faire* y de la libertad social con el carácter activo y la cooperación, especialmente en relación con las clases trabajadoras.

IV. ¿ERA MILL SOCIALISTA?

¿Estaba el mismo Mill comprometido ideológicamente con el socialismo? Hollander (1985: ii.773) comienza su discusión con el famoso pasaje de la *Autobiografía* (CW I: 239), en el que Mill afirmaba que que él y Harriet Mill se clasificaban a sí mismos bajo la etiqueta

20 “It is, above all, with reference to the improvement and elevation of the working classes that complete freedom of the conditions of partnership is indispensable. Combinations such as the associations of workpeople...are the most powerful means of effecting the social emancipation of the labourers through their own moral qualities. Nor is the liberty of association important solely for its examples of success, but fully as much so for the sake of attempts which would not succeed; but by their failure would give instruction more impressive than can be afforded by anything short of actual experience. Every theory of social improvement, the worth of which is capable of being brought to an experimental test, should be permitted, and even encouraged, to submit itself to that test. From such experiments the active portion of the working classes would derive lessons, which they would be slow to learn from the teaching of persons supposed to have interests and prejudices adverse to their good; would obtain the means of correcting, at no cost to society, whatever is now erroneous in their notions of the means of establishing their independence; and of discovering the conditions, moral, intellectual, and industrial, which are indispensably necessary for effecting without injustice, or for effecting at all, the social regeneration they aspire to.” Trad. esp. *Ibid.*, págs. 1047-1048.

general de socialistas. Pero, a medida que va analizando cuidadosamente la posición de Mill, desde la relación con Harriet Mill (Hollander 1985: ii. 774) hasta las diferentes posiciones adoptadas en las diversas ediciones de los *Principios* (Hollander 1985: ii. 786ss.), Hollander encuentra difícil proporcionar una respuesta sencilla a la pregunta. Insiste en qué ‘es más importante evitar concluir que Mill puede ser (casi) todas las cosas para todos los hombres al no comprometerse consigo mismo’ y apunta hacia la clara adopción por parte de Mill del objetivo de introducir la cooperación para llevar a su fin la dependencia creada por las relaciones de clase en el capitalismo (Hollander 1985: ii. 820-1; ver también Claeys 1987: 145). Mas, algunos han descubierto que el compromiso de Mill con el socialismo en tanto que sistema económico y/o político es muy moderado y virtualmente imposible de precisar (ver por ejemplo Ten 1998: 384-95; ver también Miller 2003: 213-38; 2010).

Otros adoptan una posición más sólida. De acuerdo con Ryan, las breves consideraciones de Mill sobre el socialismo de la *Autobiografía* proporcionan ‘una explicación perfectamente creíble de su posición’. Para Ryan, Mill dio al socialismo, después de 1852, ‘una moderada bienvenida más que un moderado y frío abrazo’ (Ryan 1974: 184). Robson hace referencia a un cambio en el pensamiento de Mill:

“El cambio es simplemente éste: Mill llegó a estar más convencido de la aplicabilidad de determinados planes socialistas y, como sentía que el equilibrio entre el socialismo y la libre empresa estaba claramente desnivelado, pasó de ser un oponente del socialismo a ser un partidario moderado.” (Robson 1968: 248)

Incluso en el caso de Robson, Mill acaba siendo un ‘partidario moderado’ y esto no parece lo mismo que un compromiso firme (ver también Van Holthoon 1971: 109). Para evitar el miedo de Hollander a que Mill pueda parecer que es todas las cosas para todo el mundo, podríamos adoptar un enfoque diferente. El filósofo Henry Sidgwick comentó lo siguiente en relación con el acercamiento de Mill al socialismo:

“Pero, aunque Mill nos había ocultado la amplitud de su Socialismo, todos eramos conscientes, creo, de haber recibido de él un cierto impulso en la dirección socialista; habíamos dejado en cualquier caso de considerar que la Economía Política oponía una dura y rápida barre-

ra en contra de la concepción socialista del objetivo ideal del progreso económico.”²¹

Sidwick no sólo estaba alabando a Mill por situar el socialismo en la agenda de la economía política, ni, como Winch sugiere, estaba poniendo de manifiesto la amplitud de la inspiración obtenida por él a partir de la ‘sólida reputación como moralista público’ de Mill (Winch 2009: 204). Estaba proporcionando una lectura de Mill de un valor único, al advertir que Mill no podía contestar la pregunta en relación a su compromiso con el socialismo, porque su método filosófico no le permitía hacerlo así. Pero, hay una respuesta a la pregunta, como Sidwick sugiere, si uno recorre los complejos argumentos de su filosofía y su economía (ver Riley 1996: 68; Miller 2003: 237).

La negativa a que Mill tuviera una respuesta simple a la pregunta de si era o no socialista está relacionada con el hecho de que él no era primordialmente un moralista público y su rechazo de las posiciones morales finales y categóricas no le permitirían llegar a serlo. Entre los comentaristas recientes de Mill, Pappé tiene una cierta idea del modo en qué Mill consideraba el socialismo:

“No tenía una concepción instrumental de la llegada del socialismo. Fue uno de los que lo sentía venir. Enseñó a la gente a mantener la calma en la nueva situación social y económica, a no dejarse arrastrar por lo nuevo, ni a detener la ola, sino a ejercer su juicio soberano sujeto al análisis y al conocimiento experimental.” (Pappé 1960: 45-6; ver también Van Holthoon 1971: 79)

Como en el fragmento de Sidwick, podemos observar aquí una interpretación diferente del acercamiento de Mill al socialismo. La cuestión no es tanto la de adherirse u oponerse a una visión, sino más bien la de considerar todos los aspectos de varios asuntos, pero sin perder la cabeza o dejar de aplicar el propio juicio. Si Mill no fue un moralista público, sino primariamente un filósofo y un lógico, un reconocimiento de esa posición nos permitiría proporcionar la mejor respuesta a la pregunta de si era o no socialista.

REFERENCIAS

Ashcraft, R. ‘Class Conflict and Constitutionalism in J.S. Mill’s Thought’, in N. Rosenblum (ed.), *Liberalism and the Moral Life* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1989), 105-26.

²¹ Sidwick 1904: 242. Este texto lo conocí en Winch 2009: 203.

- _____, 'John Stuart Mill and the Theoretical Foundations of Democratic Socialism', in E. Eisenach (ed.), *Mill and the Moral Character of Liberalism* (University Park, Pa.: Pennsylvania State University Press, 1998), 169-89.
- Claeys, G., 'Justice, Independence, and Industrial Democracy: The Development of John Stuart Mill's Views on Socialism', *Journal of Politics*, 49 (1987), 122-47.
- Fawcett, H., 'Strikes, their Tendencies and Remedies', *Westminster Review*, ns 18 (1860), 1-23.
- Hollander, S., *The Economics of John Stuart Mill*, 2 vols. (Oxford: Basil Blackwell, 1985).
- Holyoake, G. J., *John Stuart Mill as Some of the Working Classes Knew Him* (London: Trübner & Co., 1873a).
- _____, *The Logic of Co-operation*, (London: Trübner & Co., and Manchester: Co-operative Printing Society, 1873b).
- _____, *The History of the Rochdale Pioneers* (London: George Allen and Unwin Ltd., 1893).
- _____, *The History of Co-operation*, Revised and Completed, 2 vols. (London: T. Fisher Unwin, 1906).
- Mill, J. S., *Collected Works of John Stuart Mill*, ed. J.M. Robson, 33 vols. (Toronto: Toronto University Press, and London: Routledge & Kegan Paul, 1963-91).
- Miller, D., 'Mill's Socialism', *Politics, Philosophy & Economics*, 2 (2003), 213-38.
- _____, *J.S. Mill, Moral, Social and Political Thought* (Cambridge and Malden, Mass.: Polity Press, 2010).
- Pappé, H., *John Stuart Mill and the Harriet Taylor Myth* (Victoria: Melbourne University Press, 1960).
- Riley, J., 'J.S. Mill's Liberal Utilitarian Assessment of Capitalism Versus Socialism', *Utilitas*, 8 (1996), 39-71.
- Robson, J.M., *The Improvement of Mankind, The Social and Political Thought of John Stuart Mill* (Toronto: University of Toronto Press, 1968).
- Rosen, F., *Mill (Founders of Modern Political and Social Thought)* (Oxford: Oxford University Press, 2013).
- Ryan, A., *J.S. Mill* (London and Boston: Routledge & Kegan Paul, 1974).
- Sidgwick, H., 'The Economic Lessons of Socialism', in *Miscellaneous Essays and Addresses* (London: Macmillan & Co., 1904), 235-48.
- Ten, C. L., 'Democracy, Socialism, and the Working Classes', in J. Skorupski (ed.), *The Cambridge Companion to Mill* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998), 372-95.
- Van Holthoon, F.L., *The Road to Utopia, A Study of John Stuart Mill's Social Thought* (Assen: Van Gorcum & Co., 1971).

Winch, D., *Wealth and Life, Essays on the Intellectual History of Political Economy in Britain, 1848-1914* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009).

Frederick Rosen
University College, London, U.K.
e-mail: f.rosen@ucl.ac.uk